



René Char:

La herida más cercana al sol

CRISTÓBAL SANTA CRUZ

En el centenario del nacimiento de René Char y el vigésimo de su muerte (1907-1988), Francia y el mundo se vuelcan nuevamente sobre la prodigiosa obra de este poeta cuya partida pareció marcar el fin de un linaje de patriarcas en las letras francesas.

Nacido en 1907 en L'Isle-sur-Sorgue, pequeño pueblo del sur de Francia, René Char rara vez abandonó la vida silenciosa y campestre que enmarcaría su obra. Su poesía, de fuertes apetitos terrenales, fue tributaria de la transparencia del paisaje. Sin embargo, dos hechos externos marcaron su desarrollo, confiriéndole definitiva complejidad: la experiencia surrealista y la lucha en la Resistencia contra los nazis.

Paul Éluard lo introdujo en el grupo de André Breton. Colaboró con ellos desde 1930 hasta la guerra civil española, y el resultado fue la aparición de una escritura magnética que evidencian libros como *Molino primero* y sobre todo *El martillo sin amo*, posteriormente musicalizado por Pierre Boulez. Pero cansado de los excesos de la escritura automática y del onirismo, Char se volcó, con otros de su generación, en la tragedia de España. A André Breton le escribe: “Las cosas me han vuelto más apto para confiar en aquellos en cuyo fondo subsisten, murientes, los fuegos de la búsqueda y de la dignidad humana”.

En 1941, con su patria invadida y ante la inminencia de su detención por la Gestapo, Char se integra a la Resistencia. De esos años de suplicio y pavor surgió un libro clave para su generación, *Hojas de Hipnos*, escrito en forma de diario de guerra y donde aún magistralmente la crónica del combate con la reflexión y la imaginación libre del poeta: “El esfuerzo del poeta apunta a transformar viejos enemigos en leales adversarios”, escribe. Y más lejos, un aforismo que lo

hará célebre: “La lucidez es la herida más cercana al sol”. El libro cierra con una afirmación solar de la vida, sea cual sea el costo: “En nuestras tinieblas no hay un lugar para la belleza, todo el lugar es para la belleza”.

Desilusionado por el desvanecimiento del espíritu libertario tras la guerra y la vuelta al viejo orden, Char se retiró a su Vaucluse natal, apartado de toda actividad pública. “De omisión en omisión y de sospecha en dolor, el poeta es lo contrario de un dinasta; es un jornalero, de todos el más irresoluto y distante, y como eterizado en lo implacable”. Toda su obra de madurez está escrita desde una “serenidad crispada” y se reconcentra en lo que Maurice Blanchot llamó la esencia del poema.

Su amistad estrecha con muchos pintores de la posguerra (Matisse, Braque, Picasso, Giacometti, Lam) favorecería en él una mirada privilegiada sobre ese arte. Él mismo pintaba sobre piedras y otros materiales que cogía al azar, y si se interesó en la pintura fue porque, como decía su viejo maestro Heráclito, ella “no afirma ni niega sino que da a ver”.

A casi veinte años de la partida del autor de *Furor y misterio* y *La palabra en archipiélago*, el juicio sobre su obra es dividido. Algunos toman claramente distancia de su escritura aforística, reprochándole su tono oracular y grave. Otros, en cambio, se sienten atraídos y reconfortados por la robustez de su verso y el vuelo de su canto, que no son sino la expresión de su confianza en los poderes de la palabra. Pero lo cierto es que nadie debería prescindir del diálogo íntimo con esta portentosa obra, que representa la “herencia sin testamento” de un gran poeta que habitó, con mucha altura y los pies sobre la tierra, su siglo. Escuchémoslo ahora en su propia voz: “Dadles de nuevo lo que no está presente en ellos./ Volverán a ver cómo el grano se encierra en la espiga y se agita sobre la hierba./ Enseñadles, de la caída al vuelo, los doce meses de su rostro./ Amarán el vacío de su corazón hasta el deseo siguiente;/ porque nada naufraga o se complace en las cenizas;/ y quien sabe ver cómo la tierra alcanza su fruto/ no se conmueve ante el fracaso aunque lo haya perdido todo” ∞